

Fragmento de *La revolución inconclusa. La Protesta de Baraguá contra el Pacto del Zanjón*, La Habana, 1999.

V

PASIÓN POR LA INDEPENDENCIA

Con el Pacto de El Zanjón, el general Martínez Campos sabía que tenía muchos triunfos en la mano, pero no todos. Mientras quedara un insurgente en armas, todo podía volver a comenzar. El más grave de sus dilemas, el hueso que se le atragantaría, se trataba de un mulato oriundo de Santiago de Cuba, que antes de la guerra solía trasladar en arria de mulos los productos de la finca de su padre y, más tarde, de la suya, desde San Luis hasta la capital de la región oriental. Ese hombre irreductible era el general Antonio Maceo.

A diferencia de Camagüey y Las Villas, y el norte y centro de Oriente, en la región meridional de este último departamento, Maceo, envuelto en el humo de la pólvora, ascendido peldaño a peldaño hasta el más alto de los rangos mambises, el de mayor general, que la Cámara le había conferido el 5 de mayo de 1877, podía probar que la mejor vacuna para las veleidades capitulacionistas en un ejército consistía en luchar sin vacilación alguna. A lo largo de enero y febrero de 1878 seguía haciéndose respetar en la región. La captura de un convoy que se dirigía al campamento de Florida, con armamento, vestuario, provisiones y 12 000 cartuchos, el destrozo de una columna en la Llanada de Juan Mulato y el combate de San Ulpiano, habían sido descorazonadores para los anhelos de *El Pacificador*, de acabar aquella guerra y volver a Madrid en loor de triunfo. Como él mismo reconocía, el general cubano, al que reputaba de "conocedor del terreno y lleno de valor" y "un excelente guerrillero", hacía "esfuerzos sobrehumanos por levantar el espíritu, reuniendo hasta su último soldado y atacando con una energía y un acierto" que calificaba, desde luego, de digno de mejores causas.¹ Maceo demostraba que, mientras el general español arrollaba a las dispersas tropas mambisas de otras regiones, había un nervio en el oriente de la isla capaz de estrechar lances de envergadura y dejar muy mal paradas sus tropas. También otro Maceo, José, emulaba con su

hermano y batía en Tibisial a las fuerzas españolas. Martínez Campos sabía que había ganado una complicada batalla, pero todavía no la guerra, y no podía vender la piel del león antes de quitársela.

Por muchas razones, el pronunciado en Sagunto tenía que lograr la paz total; en Cortes había generales colonialistas acérrimos, como Salamanca, que no entendían de transacciones con rebeldes, sino solo de sumisión, y criticaban el Pacto de El Zanjón. También lo hacían prohombres, como Antonio López, marqués de Comillas, que había multiplicado su ya inmensa fortuna mediante la utilización de sus barcos para la transportación de tropas y pertrechos durante la guerra, y la prensa de oposición. "Y creeme tiemblo ante la idea de como se enojará esto en Madrid", le había comentado Martínez Campos a su jefe de estado mayor, Luis de Prendergast, al referirse a las bases del pacto, en cierto momento de las negociaciones.²

No les faltaba razón a sus adversarios. Como el gobierno español en el fondo no estaba dispuesto a hacer concesiones sinceras, únicamente el exterminio de los rebeldes haría posible prolongar el período antes de que otra generación de cubanos volviera a las andadas. Incluso en la isla había fuerzas que lo criticaban por esa paz y su potencia económica y política no era nada despreciable. La camarilla hegemónica en el partido peninsular, integrada por magnates asociados en el abastecimiento de alimentos de baja calidad a las tropas españolas de la isla y la especulación financiera del Banco Español de La Habana, en el que participaban hombres como Manuel Calvo, el propietario del ingenio Portugaleta, ex traficante de esclavos, y su más que conspicuo colega en ese negocio, Julián de Zulueta, ambos suministradores del ejército y vinculados estrechamente a Antonio López y su naviera, quienes tenían de comparsa en sus negocios turbios nada menos que a José Cánovas del Castillo, el hermano del presidente del gobierno español, no aceptaban el Pacto de El Zanjón, porque con él se acababan los pingües negocios que hacían al amparo del conflicto. Tanto es así que Martínez Campos le había comunicado al ministro de la Guerra "la excitación entre algunos propietarios de la Habana" provocada por la publicación de las bases del convenio.³ Esa camarilla había proclamado la necesidad de la guerra hasta que no quedara un rebelde, porque mientras más duraran las hostilidades más dinero se embolsillaba. Pero Martínez Campos sabía que si bien más de 100 000 hijos de la isla habían perecido en la lucha, los patriotas eran todavía capaces

de convertir de nuevo las brasas en hoguera. Como él mismo afirmaría, bastaría para eso que alguien gritara "¡Viva Cuba libre!" y habría guerra para 10 años más o quién sabía para cuánto tiempo.

El generalísimo español comprendía que la guerra le había significado a España costos enormes y no resultaba nada fácil que continuara enfrentándolos. El ejército había tenido que disponer a lo largo de la contienda de unos 210 000 hombres para enviar a la colonia,⁴ de los cuales 70 000 habían sido bajas,⁵ y solo en los últimos dos años había gastado en el conflicto alrededor de 100 millones de pesos. El costo directo total debía elevarse a unos 246 millones,⁶ mientras el conjunto de la liza, contando con la devastación de parte de Cuba, sumaría 600 o 700 millones de pesos.⁷ Todos los tributos arbitrados no habían bastado para enfrentar la situación, en las cajas del tesoro cubano no había liquidez y la deuda de la isla debía andar por los 150 millones de pesos.⁸ Todo esto, a pesar de la generosa contribución de los hacendados de occidente y Las Villas, pues aunque a partir de 1876 la producción había sufrido una caída, en varios de los años del período la producción y la exportación se habían elevado por encima de los niveles de 1868.⁹ En 1877, la propia metrópoli, con el tesoro exangüe, a pesar de que Cuba había sufragado la inmensa mayoría de los gastos de la guerra que se le hacía a sus hijos, se había visto imperiosamente forzada a buscar dinero y para este fin implantó "recargos extraordinarios transitorios" sobre los aranceles de 1869, no con fines proteccionistas sino meramente tributarios.¹⁰

De esa forma, el general aceptó poner alfombras a las gestiones prohijadas por el Comité del Centro de enviar comisiones hacia las localidades que no habían capitulado, para informar del pacto y que se aviniesen a la paz. Una de estas, integrada por el brigadier Rafael Rodríguez y el comandante Enrique Collazo, marchó a Oriente para imponer directamente a Maceo de los acuerdos de El Zanjón. Máximo Gómez, que había expresado que no se iría de Cuba sin despedirse de sus antiguos compañeros, a invitación de la comisión, partió con ellos. Por vía de Santiago de Cuba lograron ponerse en contacto con Maceo, y el 18 de febrero avistarse con este en Asientos de Pilotos. La entrevista se desarrolló bajo una mata de mameyes.

Hasta poco antes, el Titán solo había tenido indicios de los sucesos ocurridos en Camagüey, pero no

podía creer que fueran ciertos. Su fina percepción del pensamiento del enemigo le hacía comprender con total certeza que si Martínez Campos se había avenido a firmar algún acuerdo de paz, se debía a que el general español, con su experiencia de la guerra de Cuba, "estaba convencido" de que nunca vencería a los mambises "por la vía de las armas".¹¹ Le resultaba incomprensible que los jefes insurrectos no lo hubiesen captado. Solo una misiva de Gómez, del día 15 de febrero, recibida horas antes, en la cual le anunciaba su presencia en la zona y le solicitaba la entrevista, lo había persuadido dolorosamente de la verdad.¹²

Los comisionados le expusieron al mayor general que solo venían como compañeros a informarle de los hechos acontecidos en Camagüey y el pacto entablado con Martínez Campos. Le explicaron los antecedentes, las trágicas consecuencias de la sedición de Santa Rita, los trajines pactistas de algunos cubanos enviados desde el campo español y gracias a los cuales el generalísimo español estaba informado de la situación de desmoralización que empezaba a filtrarse en los campamentos mambises, la interpretación torcida de las sugerencias de Máximo Gómez en Loma de Sevilla, el estado desastroso de las fuerzas de Las Villas y Camagüey, y los demás pormenores hasta llegar a El Zanjón. El general Maceo no lo evidenciaba; mas, en ese momento su espíritu sangraba. Como años después confesaría, en su vida angustiada de revolucionario, la noticia de la paz de El Zanjón le había traído una de las más fuertes y tempestuosas emociones de dolor y tristeza. Por su causa, lloraría de coraje y dolor.¹³ A pesar de todo, imperturbable en su aspecto exterior, había escuchado el relato mientras el fuego de su temple abrazaba su espíritu.

Por fin sus labios se abrieron y comenzaron una indagatoria. A las preguntas suyas, Gómez le respondió que creía perdida la guerra de Las Tunas a Las Villas. Por eso, había decidido salir del país, pero no quería dar el paso sin antes comunicarle directamente los hechos y que dispusiese de elementos propios para valorar la situación. Aparentemente calmado, Maceo afirmó que no estaba de acuerdo con el pacto, porque resultaba poco ventajoso y no traería la independencia. No obstante, agregó que reuniría a los demás mandos de sus tropas para someterles la situación y escrutar sus juicios. Entonces Maceo le precisó al dominicano que solicitaría una entrevista con Martínez Campos para acordar un cese provisional de hostilidades con el fin de reorganizarse. Gómez

aseveraría más tarde que, de inmediato, percibió la intención que se escondía detrás de las palabras de Maceo: se proponía aprovechar la oportunidad para propinarle un golpe serio a los colonialistas. Por eso, le recomendó que procurara que el cese fuera largo, de manera que tuviese tiempo para todo, pues le aseguró que "con tiempo y lugar, cuantas cosas se pueden hacer". Todavía el general santiaguero, esta vez con evidente emoción, como lo haría a un hermano mayor, le comentó a Gómez que no era posible que lo fuese a dejar solo en el campo de batalla en que habían combatido juntos.¹⁴

En esos instantes, Gómez y Maceo no conocían que a corta distancia se estaba desarrollando otra entrevista. Dos comisionados enviados por el general Vicente García habían llegado al lugar de la cita y se reunieron con el coronel Félix Figueredo. El mensaje que transmitieron se trataba de la solicitud de Vicente García de que Maceo ahorcara a Gómez y los comisionados del Centro. El tunero estaba dispuesto a cargar con la responsabilidad. Ecuánime, Figueredo inquirió si traían la orden por escrito, y le respondieron negativamente. Figueredo aseveró entonces que gran culpa de los sucesos acontecidos la tenía el propio García, por haber querido tomar las riendas del gobierno sin salir de Las Tunas. Y, dirigiéndose a los dos oficiales, añadió que "no será Figueredo quien aconseje al general Maceo que cumpla el encargo del general Vicente García, mandando a fusilar a Gómez, Rodríguez y Collazo, sin que se haya atrevido a pedirlo por escrito, y mucho menos después que ha visto que no hubo quien fusilara a él en Las Lagunas de Varona, o cuando desobedeció la orden de pasar la Trocha, como se lo había prevenido el Gobierno de don Tomás Estrada, para correr a pronunciarse dando el programa de la reforma".¹⁵

Como se verá, más adelante Vicente García acusaría al general Gómez de ser uno de los principales causantes del Pacto de El Zanjón. Pero habría que preguntarse si con estos descargos no trataba de acallar su propia responsabilidad en los hechos. En carta de Gómez a Maceo, pocos días después, este le diría que por lo que había podido entender en Camagüey el general tunero había estado de acuerdo "con todo".¹⁶

Al día siguiente de la entrevista con el caudillo santiaguero, Máximo Gómez marchó con José

Maceo, hermano de Antonio, a parajes próximos para despedirse de la familia de los dos aguerridos orientales. Evidentemente, Antonio hacía lo posible por retenerlo con la idea de convencerlo de que permaneciera en la manigua. Fue triste la noche que cayó sobre el rancho donde estaban la madre de los Maceo, Mariana Grajales, semejante a la entraña misma de aquella tierra, y María Cabrales, la esposa del general Antonio. Gómez bien las conocía. A Mariana, la intrépida, madre de 11 varones a quienes uno tras otro había entregado junto con su esposo a la manigua, para ver caer más tarde a cinco en la brava pelea. A María, la que tantas vicisitudes había padecido al seguir detrás de la tropa peleadora que él y Maceo habían dirigido, cuando le enseñaba el arte de la guerra. No se durmió en el lugar en toda la noche, mientras se hacía el recuento de aquellos 10 años de lucha transcurridos y la adversidad de esa hora, en que un hado maléfico parecía haberse apoderado de la revolución. Al día siguiente, Gómez marchó del lugar y días después saldría del país. Poco había recibido de Cuba que no fueran amarguras y sinsabores. Nada le admitió a los españoles, que tanto oro y cargos le ofrecieron, como tampoco lo había hecho su esposa, su Bernarda Toro, *Manana*, quien había marchado algún tiempo antes, y que inmediatamente después de llegar a Jamaica devolvió al general Francisco de Acosta y Albear las 24 onzas que, al partir, Martínez Campos había puesto a su disposición.

Al despedirse de Oriente, el dominicano no podía saber que mediarían 17 años hasta su retorno a los mismos parajes para reemprender la pelea que había dejado pospuesta, y a cumplir con un amigo que le había pedido, apesadumbrado, que no lo dejara solo en los campos de lucha.

En cuanto a los dos comisionados, Collazo y Rodríguez, en carta al jefe de estado mayor español, Luis de Prendergast, informaron después de la entrevista con Maceo que este no estaba de acuerdo con los "preliminares estipulados por el Comité del Centro", al cual desconocía, y pediría una reunión con Martínez Campos. También solicitaron para él una constitución española y las reformas implantadas en Puerto Rico, pues Maceo deseaba examinarlas.¹⁷

El aparente asalto a la razón

De inmediato, el general Maceo determinó cuál sería su conducta. La lucha debía continuar y, en todo caso, tenía que precisar algo que le había confiado Máximo Gómez: le había escuchado decir a Martínez Campos, que estaba dispuesto a hacerles concesiones a los orientales más allá de lo acordado en El Zanjón. Para lo primero era necesario unir todas las fuerzas todavía en lucha y opuestas a capitular. Por eso, escribiría que "procedí -aunque descendiendo de mi jerarquía militar- a unificar las opiniones de todas aquellas fuerzas sublevadas por causa del movimiento o de los diferentes movimientos políticos, con el fin de que, unidos todos procediéramos a formar un nuevo orden de cosas que su estabilidad nos condujese a la salvación de nuestros principios".¹⁸ En cuanto a lo segundo, le resultaba preciso como habían adelantado los comisionados entrevistarse directamente con el general segoviano, para puntualizar lo que Gómez le había comunicado. En otra carta señalaría que, al proponer la entrevista, sus propósitos eran dos: saber qué precio resultaba capaz de pagar Martínez Campos sobre los pobres resultados de el Zanjón para llegar a la paz, y hasta dónde llegaban las facultades al respecto del general en jefe español.¹⁹

El 21 de febrero, en respuesta a la misiva que el 10 le había cursado Vicente García, Maceo le comunicó que estaba en disposición de continuar la guerra. Era del temple de los irreconciliables con la derrota, el mismo de Céspedes y Agramonte. Sabía que ahora los españoles podrían concitar contra él y quienes más siguieran en la pelea un alud de tropas que los embestiría sin tregua y, sin embargo, impertérrito, no vacilaba.

De acuerdo con la idea que le había expuesto a Máximo Gómez, aquel mismo 21 le escribió a Martínez Campos que "Oriente y Tunas" no estaban de acuerdo con las resoluciones tomadas por el Comité del Centro, y a la vez le pedía una suspensión de hostilidades de cuatro meses "para consultar las voluntades de todos los distritos" que componían "el departamento". Después de exponerle que todos sus compañeros deseaban la independencia absoluta y la posibilidad de prolongar de manera indefinida la guerra, solicitaba una conferencia con el jefe hispano, que no sería "para acordar nada", sino para conocer los "beneficios que reportaría a los intereses de nuestra Patria hacer la paz sin independencia".²⁰

El astuto militar y político español tampoco esta vez cayó en la trampa. Demasiado bien comprendía qué podía significar un plazo tan largo. Por si fuera poco, gracias a una comunicación dirigida al general Modesto Díaz, que entregaría su correspondencia, llegaría a conocer los verdaderos propósitos de Maceo.²¹ De manera que, el 24 de febrero, después de excusarse por no haberle contestado antes ya que deseaba primero hablar con Vicente García -lo hizo el día anterior mediante una conferencia telegráfica-²² le respondió que el cese no podía ser tan extenso, pero aceptó acudir a una entrevista.²³ A Jovellar, Martínez Campos le escribió: "Maceo pide imposibles: yo no amplío en lo más mínimo las bases (...) Maceo pide entrevista conmigo, y como del 6 al 8 estaré en Cuba y le veré: como mulato, es de una vanidad extrema, y desea hablarme directamente...".²⁴ Al mismo tiempo, el general en jefe español comenzó a enviar batallones a Oriente. Maceo podía finalmente ceder, pero si no lo hacía trataría de doblegarlo militarmente y también con el empleo de dinero.²⁵

El rechazo de El Zanjón se volvía la continuación de la guerra y en Maceo esto constituyó una observación de largo alcance, de carácter político y militar. Sabía las colosales dificultades que plantearía a los mambises la prosecución de la contienda, pero también sería así para España, y en la misiva que le envió al general en jefe español quedaba sustentado de forma transparente un pensamiento estratégico: la capacidad de sostener una guerra indefinida, que llevaría, más tarde o más temprano, al agotamiento de su adversario. Martínez Campos lo sabía tanto como él.

Maceo unía en sí a un valor más allá de la temeridad una inteligencia poco común, que lo hacía percibir, en medio de horas inciertas, cuál era el camino a seguir. En esas circunstancias valoró que, en todo caso, el general hispano podría continuar haciendo concesiones, hasta llegar mucho más allá de los pobres otorgamientos que se hicieron en El Zanjón. Por ejemplo, se podría obtener la liquidación de la esclavitud. Mas si nada se lograba, en sí misma quedaba la virtud de esa lucha prolongada hasta la extenuación que de todas formas tendría que desembocar, más tarde o más temprano, en la separación de España. Su pensamiento no llevaba al suicidio heroico, a la inmolación para salvar el honor. Para él había una mínima posibilidad de derrotar la adversidad, y estaba dispuesto a aprovecharla. La voluntad de un hombre de su talento y empeño, si puede

encontrar los intersticios de la victoria, se encaminará siempre a torcer el rumbo de los acontecimientos, por más desventurados que hasta ese instante parezcan. En una carta a uno de los jefes mambises, que Maceo escribió por aquellos días, decía con plena conciencia de sus propósitos: "En breve Oriente habrá decidido de su suerte, si se inclina a la paz, puede obtenerla honrosa y provechosa; y si no, estará en estado de continuar una lucha en la que favorecidos por mil circunstancias puede, o alcanzar el triunfo, o hacerla interminable".²⁶

En los cálculos de Maceo entraba que, para sus propósitos, podría contar con las fuerzas de Oriente meridional; Bayamo, que todavía no había capitulado; Las Tunas, y una parte de Camagüey, que aún no se creía rendida. Posiblemente, también habría fuerzas en Las Villas que seguirían en la pelea. La lucha podría hacer que se reanimaran las fibras del decoro de los capitulados, los sorprendidos volvieran al campo de batalla y unificaría a los dispersos. De otra parte, el crédito de Martínez Campos podría quedar agotado, y de dónde sacaría España otro general con igual prestigio y 100 000 hombres más, y de dónde se proveería de los 100 millones de pesos adicionales que necesitaría para proseguir la lucha. En apoyo de que estas ideas podían ser válidas vienen algunos párrafos de una carta que, el 19 de marzo, Martínez Campos escribiría a Antonio Cánovas del Castillo, presidente del consejo de ministros español: "Esta guerra no puede llamarse tal, es una caza en un clima mortífero para nosotros, en un terreno que nos es igual al desierto; nosotros sólo por excepción encontramos comida, perjudicial; ellos hijos del país comen lo suficiente donde nosotros no sabemos ni encontrar un boniato; se han acostumbrado a la vida salvaje, van desnudos o casi desnudos, tienen la fuerza y el sentido de las fieras atacando o huyendo cuando menos se piensa (...) El estado del tesoro es muy grave: pronto no será ya el atraso de pagar, me contentaré con que haya para provisiones, hospitales y vestuarios; si es que el tesoro de la península no viene en nuestra ayuda".²⁷ Pero no estaba en factores estrictamente bélicos la clave del asunto. Para Maceo, el problema cardinal se volvía impedir que la guerra fuera a quedar cerrada y menos con la capitulación.

Entretanto, el general santiaguero se multiplicaba, se movía rápidamente por la jurisdicción de Holguín, enviaba mensajes a los jefes que se creía se mantenían sobre las armas y trataba de reagrupar a todos los que habían rechazado la capitulación; entre ellos Limbano Sánchez. Por su

parte, Martínez Campos, indudablemente en medio de una agonía por la posibilidad de que el triunfo total que todavía le parecía inseguro, se le fuera de las manos, mantenía junto con varios de sus auxiliares conversaciones con Vicente García, quien le daba largas hasta ver el desarrollo de los acontecimientos. Martínez Campos y sus subordinados se ilusionaban con que finalmente García aceptaría las bases de El Zanjón, y para tratar de definir la situación le pidió una entrevista. El 11 de marzo conferenciaron en Cauto el Paso. El generalísimo español intentó convencer a García de que para los mambises todo estaba perdido. Con ese fin, le había estado enviando los partes de las fuerzas que iban capitulando. Pero de nuevo el general mambí, aunque aseguró que estaba por la aceptar la paz de El Zanjón, adujo que se había comprometido a esperar hasta el día 14 en que recibiría la opinión de otros jefes orientales en relación con la actitud a adoptar. Mas, una vez cumplido el compromiso, fuese cual fuese la opinión de aquellos, aceptaría los artículos de la capitulación.²⁸ Según Vicente García, esta postura escondía en realidad su propósito de ganar tiempo para reorganizar sus tropas; mas, también, como anotaría, con el fin de quedar a resultas de lo que por fin hicieran Maceo y otros jefes de Oriente.²⁹ Martínez Campos, no obstante sentirse animado a creerlo, le previno que si no recibía una respuesta positiva rompería el fuego en Las Tunas el 19.³⁰

En eso, el irreductible guerrero del sur de Oriente, quien preparaba su entrevista con el general en jefe español, había tenido noticias de que algunos altos oficiales de las tropas del coronel Adolfo Crombet, *Flor*, estaban tentados de proponerle que el día de la conferencia le "diera un tranque" al militar adversario y lo asesinara. Maceo, en previsión de que los complotados esperaran a Martínez Campos en el camino, cuando marchara a la entrevista, escribió a Flor Crombet una de esas cartas suyas limpias, sin arrugas y de lenguaje duro, para que le dijese quiénes participaban en el proyecto. Como sabía a Crombet opuesto a tal acción, le pidió que si le fuese posible impidiese la intentona. Añadió que solo podría hacerse algo así, pisoteando su cadáver.³¹ De un solo tajo, como el que daba con su machete poderoso, cortó el complot.

El 8 de marzo, en Barigua, reunió a su lado a un grupo numeroso de jefes y oficiales orientales en el cual no estaban representados Bayamo y Baire, porque sus fuerzas ya estaban a punto de capitular.

Es notable y nada extraño que entre los concurrentes a la cita se encontraran muchos de quienes años más tarde constituirían el alma de la lucha que estallaría el 24 de febrero de 1895. Estos eran los irreductibles, los que gallardamente, con voluntad y honor, se colocaban junto a Maceo decididos a continuar enfrentando a España. A ellos, sin dejar de reconocer la gravedad de la situación, explicó el mayor general los sucesos de El Zanjón, las bases bochornosas del pacto y lo que él se proponía con la entrevista con Martínez Campos.

El día anterior a la reunión con el general hispano, Maceo se entrevistó con Vicente García. Sus acompañantes estaban transidos de curiosidad por conocer qué diría García después de todos los reproches que Maceo, desde Lagunas de Varona y Santa Rita, le había dirigido. Mas, no hubo hostilidad alguna entre ambos. No era el momento. Los dos jefes se estrecharon en un abrazo. Las razones de esta alianza, por encima de cualquier disputa o agravio, las expuso en una carta el general tunero al decir que "ante los dolores y peligros de la patria desaparecieron las diferencias pasadas...".³² Por su parte, para Maceo solo había una posibilidad de pelear: contra los enemigos de la independencia de Cuba. La unidad se imponía por encima de rencillas y resquemores. García le relató los hechos desde su asunción de la presidencia e hizo imputaciones contra Gómez, el brigadier mexicano Gabriel González y Ramón Roa, de ser los inductores de El Zanjón. También para que tuviese elementos previos, le informó a Maceo los resultados de su entrevista con Martínez Campos, y le comunicó algunas prevenciones en torno a la que sostendría el santiaguero al día siguiente, en relación con la cual le aconsejó no acudir. Al parecer, allí los dos jefes acordaron que García velaría no lejos de Mangos de Baraguá, el lugar de la cita, la posibilidad de una sorpresa enemiga.

El 15 de marzo se produjo la conferencia con Martínez Campos.³³ Iba a ser el día más largo de la guerra. Dos sentimientos y una actitud acompañaron a los hombres que acudieron a ella junto a Maceo. Faltos de cabalgaduras, cuando antes del amanecer marchaban a pie rumbo a la vieja hacienda de crianza donde se sostendría el encuentro, los cubría la impaciencia, la ansiedad y el silencio. Se volvían momentos solemnes, como si se dirigieran a la batalla decisiva de la contienda. Y, en verdad, lo era. Ahora, la república herida, maltrecha, abandonada por tantos, después de una suma gigantesca de sacrificios, dependía de ellos. Tenían conciencia de aquello que se proponían y

de sus responsabilidades. Era como si fueran el resumen vivo de todos los dolores, la sangre vertida y las agonías, y que estos se les agolparan en las sienes y les recordaran continuamente el compromiso que un día habían contraído con la patria.

Al llegar al lugar de la cita eran la seis de la mañana. Tuvieron que esperar largo rato. Al fin, Martínez Campos y sus acompañantes aparecieron entre una calina todavía no totalmente disipada. Los entorchados y las espejeantes condecoraciones de los militares españoles, contrastaban con la modestia del ajuar mambí. De no ser por una orden de Martínez Campos, muchas más cruces de San Fernando o placas de San Hermenegildo se hubieran acumulado en el lugar. La curiosidad había hecho disputarse a generales y mariscales de campo, brigadieres y coroneles, el honor de acudir al paraje oriental para conocer al mulato, al campesino que creían zafio, y que se negaba tozudamente a rendirse, cuando parecía que solo la muerte lo envolvería de negarse a la avenencia. Martínez Campos había recibido la confidencia de que Maceo intentaría asesinarlo y por eso prohibió que, a excepción de su cuñado José Arderús y unos pocos altos oficiales solteros, lo acompañara nadie más. Después, el general español conocería del contenido de la carta que Maceo había dirigido a Crombet, y le escribiría al general cubano para expresarle su aprecio por la lealtad con que, como enemigo, procedía. "Desearía estrecharle la mano como amigo, pues que ha sido un enemigo leal", le acreditó.³⁴

Martínez Campos calculaba que Maceo le plantearía como nueva base la abolición de la esclavitud. En cuanto al estatus de la isla, como habían informado los comisionados cubanos que habían ido a verle, sabía que el general mambí había solicitado se le proporcionara la constitución española y la ley que regía orgánica y administrativamente en Puerto Rico.

Bajo la arboleda de mangos que daba nombre al paraje, se inició la entrevista. Antonio Maceo recibió a Martínez Campos con toda cortesía y dignidad. Más político que militar, el segoviano, hombre de estilo, ducho en reconocer las virtudes del adversario, comprobó sorprendido la juventud del "mulato vanidoso", y lo alabó. Halagó también la estirpe de los luchadores orientales y su rudo batallar, y en un momento en que Maceo le indicó la posición de Vicente García de continuar la

lucha, le comentó que lo había sabido la noche anterior y lo había aplaudido. Añadió, según asegura Fernando Figueredo: "García tenía delante dos compromisos, uno conmigo de terminar la lucha, otro con ustedes de seguirla; ha optado por el más honroso para él, la unión con sus compañeros y aunque contraríe un tanto mis proyectos lo aplaudo".

Después, Martínez Campos fue a la médula de sus designios: tratar de convencer al rebelde de rebeldes, con una exhortación, de que aceptase la paz. Bastante, dijo, habían hecho él y quienes lo rodeaban, con una tenacidad y decisión que asombraba al mundo en defensa de una idea. Ahora, había llegado el momento para que cubanos y españoles levantaran de nuevo el país asolado por un década de guerra. Después entró a exponer el proceso que había conducido a El Zanjón, y quiso explicar sus bases. El irreductible combatiente lo cortó un tanto bruscamente. Los orientales - precisó- no estaban de acuerdo con ese pacto, con las condiciones convenidas, que no justificaban una rendición después de tan prolongado batallar. Si eso se le pretendía otorgar a Oriente, aseveró, le quería evitar la molestia de exponerlas. Sorprendido, Martínez Campos previno que había venido a su llamado para hablar de paz, si no aceptaban las bases entonces qué querían. Con una respuesta veloz, sólida, estremecedora, Félix Figueredo lo expresó: la independencia. Martínez Campos afirmó que no hubiese acudido al lugar de conocer que se le pediría lo que España no podía conceder. Con la anuencia de Maceo y del general Manuel de Jesús Calvar, presente, Figueredo expuso que las cláusulas del pacto no encerraban la independencia, principio por el cual habían combatido tanto tiempo, ni la abolición de la esclavitud. Por otra parte, el Comité del Centro había firmado esas bases sin contar con los revolucionarios de Oriente. Para aceptar un compromiso, los orientales reclamaban bases más amplias, que debían incluir por lo menos la extinción de la esclavitud. Recordó entonces los pactos con Inglaterra, tantas veces burlados.

El general de Sagunto precisó a continuación que ningún español que se respetase podría conceder la independencia y, sobre la cuestión de la trata, intentó hacer ver que Madrid había hecho sus mayores esfuerzos porque cesara. En cuanto a la abolición se volvía cuestión de las Cortes; sin embargo, se comprometía a que en breve se considerase en ellas ese asunto. Agregó que debían comprender que la aceptación de la libertad de los esclavos insurgentes era el principio del fin de la institución.

Entonces Calvar terció. Si no era posible conseguir la independencia y los esclavos la libertad, no podrían aceptar el convenio sino sobre la base de deshonrarse. Martínez Campos, vivamente irritado, le replicó que las negociaciones en que él interviniese no podían ser deshonrosas para nadie.

En esos instantes, el general español quiso desbalancear a sus oponentes y llamó la atención del honor que en especial se concedía a los orientales, cuando él, en representación del rey, había concurrido a ese campamento, e insistió en dar a conocer las bases de El Zanjón, porque consideraba que muchos de los oficiales de Maceo no las conocían.³⁵ Maceo lo cortó nuevamente.

-Porque las conocemos es que no estamos de acuerdo con ellas -afirmó. El general en jefe español reiteró su interés de leerlas y explicarlas, y Maceo entonces le rogó que no se tomara la molestia.

La postura de Maceo revelaba que estaba perfectamente predeterminada. Así lo había fijado con toda la energía de su mente y su corazón. Sin independencia, para él no habría paz posible. La entrevista quedó sellada con dos frases:

-Es decir, que no nos entendemos -afirmó el militar español, mientras guardaba en el bolsillo de su levita el documento de El Zanjón.

-¡No! -categórico, replicó el militar cubano. No nos entendemos.

Martínez Campos sabía que su prestigio estaba en juego. Este hijo del pueblo cubano, procedente de una clase de pequeños propietarios rurales, alzado hasta el generalato, le estaba resultando el más rudo escollo en su carrera de soldado y político. Quizá recordó entonces a Juan Martín, al cura Merino, y a todos esos héroes populares que formaban parte de la mitología rutilante de su nación. Quizá pensó entonces en lo absurdo de su instrucción al general Prendergast, de que le ofreciera a Maceo dinero a cambio de su aceptación de El Zanjón cuando en febrero este intentaba reunirse con el caudillo cubano.³⁶ No, a pesar de todo, no podía creer que este hombre que tenía ante sí fuese a poner en ridículo la victoria ya proclamada en la península, las campanas echadas a volar, los votos

de gracias a él acordados en las Cortes, los parabienes que media Europa le había dirigido a su rey por el cese de la guerra. Se volvía imposible que sus esfuerzos pudieran terminar en este rotundo fracaso. Quiso convencerse de que no había alternativas, y como si esperara que Maceo retrocediera cuando lo pusiera ante una realidad brutal y dolorosa, subrayó que entonces se romperían de nuevo las hostilidades. Y el general Maceo, sin vacilar, con su talante firme, seguro, sin el tartajeo que a veces le enredaba la "c", le ratificó que sí, que de nuevo se romperían las hostilidades. Martínez Campos trató de nuevo de hallar un resquicio por donde traer la capitulación. Le propuso a Maceo que consultara a una asamblea de sus jefes y oficiales. Y de nuevo el gran caudillo, gigante en su decisión, con vistas a seguir contorneando un gesto inmortal para la saga de los cubanos, le respondió que nada quedaba por hacer, porque él no era más que el representante de esos hombres y en su nombre había hablado.

Martínez Campos le preguntó a Maceo cuánto tiempo necesitaba para que se reanudaran las hostilidades. Ocho días, fue la respuesta relampagueante. Como exclamó uno de aquellos bizarros soldados mambises que allí estaban: el 23 se rompería el corajo. Martínez Campos se retiró y horas después escribió: "La Historia juzgará quien ha tenido la razón en este asunto".³⁷

Sin dudas, a esa altura, el general segoviano se había percatado de la perfecta e interesada fantasía, de la leyenda negra tejida por los colonialistas acérrimos, que habían creado la imagen del cubano débil y blando, porque como escribiría a Cánovas "se creía antes que el carácter de estos habitantes no era propio para la guerra; tanto el blanco como el negro nos han demostrado lo contrario".

Maceo había cortado el nudo gordiano. Puede admirarse en la actitud de Mangos de Baraguá solo el heroísmo y puede pensarse que se volvía una acción romántica, gallarda, y hasta una locura sublime, pero sin perspectivas de salir adelante. No está en nada de esto su clave. El jefe mambí tenía una brillante inteligencia política. Poseía conciencia del paso que se estaba dando y de que se volvía difícil lograr la victoria. Ya tenía información del estado exacto o, al menos, aproximado de las fuerzas del campo insurrecto. Ahora, para él, lo esencial estaba de otra parte. Continuar la guerra, avivarla; vencer o no en lo inmediato también resultaba un designio, pero en última instancia ya no

era lo esencial, sino dejar planteado un principio, una postura. Con la protesta de lo que se había acordado en El Zanjón, los cubanos debían comprender que la guerra no había cesado, y por igual España. Así se echarían las bases de una continuación perenne de la lucha hasta que se consiguieran los objetivos por los cuales se peleaba. No se revelaba importante cuánto tiempo tomaría conseguirlo, en qué condiciones, o quiénes verían la victoria de la causa. Se erigía en una lección para el futuro, un argumento contra quienes quisieran creer que la reyerta había concluido, un mensaje sobre la sobrevivencia de la beligerancia de los cubanos. Si en el ingenio Demajagua, bajo la conducción de un hacendado, había dado inicio la lucha, en Baraguá, bajo la impronta de un humilde campesino, se forjaría su continuación. Baraguá había abierto lo que El Zanjón había tratado de cerrar. Como sentenció Eusebio Hernández "Él [Maceo] anuló el pacto del Zanjón, lo redujo a una tregua en Baraguá, y venció a todos los que en él intervinieron...".³⁸

Quizá lo que en aquellos instantes nadie pudo atalayar, fue la repercusión internacional que tendría el hecho. Cuando poco después los telégrafos de la isla comunicaron la noticia de que combatientes de Oriente, con Maceo a la cabeza, habían rechazado plegar sus banderas de lucha y estaban dispuestos a proseguir la contienda, una ola de asombro y admiración se extendió por todas partes. El nombre del general Antonio Maceo había pasado para siempre las fronteras de Cuba. Había salvado el honor de los cubanos.

1. "De Arsenio Martínez Campos al ministro de la Guerra", 18 de febrero de 1878, doc. cit.
2. "De Arsenio Martínez Campos a Luis de Prendergast", [30 o 31 de enero] de 1878. AC/IHCM, Fondo Asuntos Generales, caja 41.
3. "De Arsenio Martínez Campos al ministro de la Guerra", 18 de marzo de 1878. A/SHM, Fondo Asuntos Generales, caja 41.
4. Eladio Baldovín Ruiz, "El ejército español en Cuba", artículo citado, p. 298.
5. *Ibíd.* Baldovín da 57 495 muertos; de ellos 54 026 por enfermedad.
6. Julio Le Riverend: *Historia económica de Cuba*, ed. cit., p. 462.

7. Luis Estévez Romero: *Desde el Zanjón...*, ed. cit., t. I, p. 26; Ramiro Guerra, op. cit., t. II, p. 333.
8. Julio Le Riverend, op. cit., p. 462.
9. Manuel Moreno Fragnals: *El ingenio*, ed. cit., t. III, pp. 37 y 45.
10. Gabriel Tortella: *El desarrollo de la España contemporánea...*, ed. cit., p. 172.
11. José Luciano Franco: *Antonio Maceo; apuntes para...*, ed. cit., t. I, p. 127.
12. "De Máximo Gómez a Antonio Maceo", 15 de febrero de 1878. UCLV/B, Fondo Coronado, t. II.
13. José Antonio Portuondo: *El pensamiento vivo de Maceo*, La Habana, 1971, pp. 96 y 97.
14. Máximo Gómez da dos versiones muy aproximadas del contenido de la entrevista, en su *Diario de campaña*, p. 136, y en el folleto *Convenio del Zanjón*, p. 35. La narración se ajusta a lo esencial que se repite en ambos textos.
15. Francisco Ibarra: *Cronología de la guerra...*, ed. cit., p. 183.
16. "De Máximo Gómez a Maceo", 22 de febrero de 1878. UCLV/B, Fondo Coronado, t. V.
17. "De Luis de Prendergast al comandante general de Bayamo", 24 de febrero de 1878. A/SHM, Fondo Asuntos Generales, caja 41.
18. José Antonio Portuondo, op. cit., p. 28.
19. *Ibíd.*, p. 24.
20. "De Antonio Maceo a Arsenio Martínez Campos", 21 de febrero de 1878. A/SHM, Fondo Asuntos Generales, caja 41.
21. "De José de Jesús Calvar a Eduardo Codina", 26 de marzo de 1878. B/UCLV, Fondo Coronado, t. XI.
22. "Conferencia telegráfica entre Arsenio Martínez Campos, Vicente García, el brigadier Varela y el coronel Galdós", 23 de febrero de 1878, *ibíd.*
23. "De Arsenio Martínez Campos a Antonio Maceo", 24 de febrero de 1878, *ibíd.*
24. "Conferencia telegráfica entre Arsenio Martínez Campos y Joaquín Jovellar", 28 de febrero de 1878, *ibíd.*
25. "De Arsenio Martínez Campos a Joaquín Jovellar", 28 de febrero de 1878, *ibíd.*
26. José Luciano Franco, op. cit., t. I, p. 132.
27. Luis Estévez Romero, op. cit., t. I, p. 24.
28. "De Arsenio Martínez Campos al capitán general Joaquín Jovellar", 11 de marzo de 1878. A/SHM, Fondo Asuntos Generales, caja 41.

29. *Vicente García...*, ed. cit., p. 292.
30. "De Arsenio Martínez Campos al capitán general Joaquín Jovellar", 11 de marzo de 1878, doc. cit.
31. José Antonio Portuondo, op. cit., p. 24 y 25.
32. *Vicente García...*, ed. cit., p. 341.
33. El relato que se sigue y las citas están tomadas de la narración de Fernando Figueredo, testigo presencial de la entrevista, en *La revolución de Yara*, op. cit., pp. 263 y ss. y en la que aparece en José Luciano Franco, op. cit., t. I, pp. 139 y ss.
34. Joel Mourlot: "Heroísmo y Síndéresis de Antonio Maceo, en *Visión múltiple de Maceo*. Santiago de Cuba, 1998. p. 148, citado de Leonardo Griñan Peralta, en *Antonio Maceo: Análisis caracterológico*.
35. "De Arsenio Martínez Campos a Vicente García", 16 de marzo de 1878, A/SHM, Fondo Asuntos Generales, caja 41.
36. "De Arsenio Martínez Campos a Luis Prendergast", 20 de febrero de 1878, ibíd.
37. "De Arsenio Martínez Campos a Vicente García", 16 de marzo de 1878, ibíd.
38. Eusebio Hernández: *Maceo; dos conferencias...*, ed. cit., p. 31.